

## Puebla, Iglesia y latinoamericanismo<sup>1</sup>

Quien intente comprender el papel de la Iglesia en América Latina, e incluso en toda su evolución histórica universal, debe escuchar atentamente a Alberto Methol Ferré.

Este historiador uruguayo, gran amigo de Arturo Jauretche, posee una lógica que espanta, una lógica con sólidos fundamentos capaz de totalizar con su mirada el acontecer humano.

Estuvo entre nosotros, más precisamente hablando en la sede del Colegio Mayor Universitario, sobre un tema que apasiona: “Las características del resurgimiento católico en América latina desde el 30 hasta hoy”.

El epicentro de sus reflexiones giró en torno de la idea de modernidad. Este concepto que en apariencia significa lo “nuevo” tiene para la Iglesia de hoy un alcance distinto, pues lo que se hace ahora es precisamente cuestionar esa idea de “modernidad”. ¿Por qué se la cuestiona? Sencillamente, porque hasta el Concilio Vaticano II la Iglesia aceptaba el esquema de la Ilustración, de los vencedores: se recluía e identificaba con la mediavilidad, lo estático en la historia, y consideraba lógico que la modernidad hubiera nacido contra ella. Se asumía, pues, el esquema de los vencedores aunque invirtiéndolo: la modernidad era el mal y el medioevo el bien.

Pero desde el Vaticano II hasta Puebla esta concepción entró en crisis. Lo primero fue poner al derecho el esquema de la Ilustración y luego revisar sus categorías de análisis.

Las tres etapas de Puebla.

Puebla nos habla de tres etapas en la historia de América Latina. A la primera la denomina “ciclo de la evangelización constituyente” y comprende los siglos XVI, XVII y XVIII. En esta época surge el subsuelo de la cultura latinoamericana, ya que el proceso evangelizador es determinante fundamental en la constitución de estos pueblos.

Para Methol Ferré es un mundo ligado a la forma de la cultura barroca europea, pero no idéntico. Quizá sea el más importante de la historia eclesial puesto que el barroco es la última expresión totalizadora de la Iglesia en el campo de la cultura.

La segunda época va desde la Independencia hasta el Concilio Vaticano II y la denomina “de crisis y reconstitución eclesial”. Este proceso, al igual que la tercera etapa que comienza con el Vaticano II, se inscribe en el marco de la Ilustración que, con variaciones, se mantiene aún hoy.

En la tercera etapa se niega la identificación de modernidad con Ilustración. Esto tiene grandes consecuencias dado que nos coloca en la situación de que el nacimiento de la modernidad es el barroco, y se da, por ende, en la Iglesia. Va a subvertir todas las categorías. La categoría barroco no es medieval en absoluto. Lo que sucede es que la interpretación histórica de los vencedores eliminó al barroco de la historia y sostuvo como verdad natural que la modernidad se inicia con

---

<sup>1</sup> Diario El Litoral, lunes 3 de agosto de 1981, pág. 5.

la Reforma Protestante o con la Ilustración o con ambas. La conclusión se impone: la Reforma de Trento no significó nada, la Iglesia desde la Edad Media se mantiene estéril.

En Puebla todo este esquema entra definitivamente en crisis.

América Latina y la Iglesia de hoy.

Para Methol Ferré el verdadero fruto de Puebla, la esencia implícita que subyace en el documento emitido a razón de ella, es que se rompe la idea de la generación del 50-60 y 70 se retoma la del día del 20-30.

Es decir se deja de lado una época influida por la sociología norteamericana, con Gino Germani como su principal símbolo en América Latina, y se mira hacia una generación cuyo rasgo fundamental consiste en haber constituido el primer esfuerzo de pensarse a sí misma, desde su patria grande al decir de Manuel Ugarte, y no desde la metrópoli.

Esa generación del 20-30, en la cual enraiza Puebla, surge en el momento histórico de la preguerra, en la decadencia de Europa y la aparición todavía no bastante clara de las dos nuevas potencias hegemónicas: Estados Unidos y Rusia. Existe, pues, un vacío que nadie alcanza todavía a cubrir. Waldo Frank, un norteamericano crítico de su país, en uno de sus libros habla de "los últimos días de Europa". Ese vacío permite que nazca esta generación compleja, disímil, e incluso enemistada en su interioridad. Peor que de un extremo a otro, de Vasconcello en México al revisionismo histórico rioplatense, posee una similar característica: pensar Latinoamérica desde sí misma.

En cambio, el rasgo que marca con su impronta la generación del 50-60-70 es totalmente contrario. En esta etapa se produce la consolidación de Rusia y Estados Unidos. La sociología norteamericana y su explicación de la evolución histórica: sociedad tradicional (estática) y sociedad moderna (dinámica) se corresponde con la denominada teología de la secularización. Este esquema hacia mediados del 60 entra en crisis y da paso a un neomarxismo ideológico y a la teología de la liberación que encarna Gustavo Gutiérrez.

Este grupo en definitiva es hijo de la sociología norteamericana, mantiene su misma metodología de análisis, aunque con una diferencia: se suplanta una dependencia con otra, Estados Unidos con Rusia. Para ellos es imposible pensar desde y para América Latina.

Del 72 en adelante la crisis es absoluta. Solo Puebla permite entrever una nueva situación. Allí se plantea la síntesis con dos contracciones: tradición (barroco) y progreso (Ilustración) y élites y pueblo. Los pueblos necesitan generar de su seno las élites que los dinamicen, si no caen en la repetición. En Puebla la Iglesia deja de tener una imagen restauradora. Es una nueva Iglesia que se proyecta hacia adelante.